

Gutiérrez, Sara (2021). *El último verano de la URSS (del mar Báltico al mar Negro en tren)*. (Ilustraciones: Pedro Arjona). Ed. Reino de Cordelia: Madrid.

JUAN IGNACIO TORRES MONTESINOS, *Traductor. Investigador Independiente*
juignatorres@gmail.com

Received: December, 23 2021.

Accepted: December, 31 2021.

Con la narración de Sara Gutiérrez e ilustraciones de Pedro Arjona, *El Último Verano de la URSS* describe un viaje por el tiempo ya inasible de una geografía. El libro se publica en 2021. Entre el viaje y la edición se sitúan treinta años, tiempo que permite evocar el periplo de la escritora-viajera así como la disolución de la URSS y el surgimiento del espacio post-soviético. La obra no relata un cuento fantástico aunque, de haber sido leído en el momento en que la autora viajaba, acaso hubiera podido ser considerado un relato de anticipación. Remonta la cronología hasta el verano de 1991 sobre la vastedad de un territorio con resonancias geopolíticas. Sara Gutiérrez relata en este libro un viaje por el territorio de la URSS y su contar tiene el ánimo de presentar un relato de viajes en tren, desvelando lo que podría bosquejarse socialmente mientras se desplazaba por los sucesivos destinos.

Este es un viaje efímero y Sara Gutiérrez aspira a esquivar dicha levedad con el sosiego de lo escrito. La escritura del viaje y su memoria se contraponen al fluir escapado de un tiempo histórico que la viajera vive e intuye. Conjuga en su narración la aventura de la travesía con el relato de los acontecimientos coetáneos de carácter socio-político. El viaje por la Unión Soviética en ferrocarril se asienta como un episodio literario clásico caracterizado por la descripción de una geografía en parte ignota unida al medio específico de locomoción. De igual modo, Sara Gutiérrez orienta la mirada de la viajera que no sólo se sumerge en las idiosincrasias urbanas sino que trata de vislumbrar la deriva de la sociedad soviética de la época. Su viaje transcurre durante una semana y parte de Jarkov, donde se encontraba especializándose en Oftalmología (completó la formación en Moscú y es, además, traductora y periodista). En la decisión de residir en esta ciudad ucraniana se halla la motivación que vincula el relato del viaje personal a la dinámica de los episodios históricos que se iban sucediendo. Su estancia médica y el posterior viaje descrito en el libro tienen lugar durante el mandato de Mijail S. Gorbachov y la *perestroika*. La autora decide trasladarse a la Unión Soviética para proseguir su formación a la vez que contempla el devenir de dicho periodo. En el transcurso de dicha estancia, emprende el narrado trayecto en tren durante la primera semana de julio de 1991, pocas fechas antes de retornar de vacaciones a la ciudad natal de Oviedo. Este tiempo es un interregno entre lo ya acontecido de la *perestroika* y el porvenir del año que desemboca en la disolución de la URSS. En consecuencia, el momento de la publicación del libro (2021) permite conmemorar las tres décadas transcurridas desde el viaje personal de Sara Gutiérrez a través de una geografía cuya inflexión histórica tuvo lugar en aquellos días.

El itinerario, iniciado en Jarkov, fue planeado para embarcarse en trenes nocturnos y continuar con la visita durante el día a la ciudad de Llegada. No obstante, el primer

desplazamiento se realizó en avión, hasta Leningrado, denominación aún soviética de la ciudad, que retoma el nombre de San Petersburgo en 1991. Ya en tren, el recorrido se extiende hasta Tallin, Riga, Vilna, Lvov, Kiev y Odesa. Algunas circunstancias imprevistas del viaje impidieron que Minsk fuera asimismo incluida en el mapa visitado. El trayecto se circunscribe a urbes bálticas y eslavas, entre los mares Báltico y Negro. No obstante, el paisaje asiático de la URSS con el imaginario uzbeko de Samarcanda está representado en la persona de la acompañante de Sara Gutiérrez. Aunque su intención originaria fue realizar el viaje sola, a la travesía se incorpora posteriormente su compañera oftalmóloga Yulduz. Ambas mujeres conforman un trasunto cervantino de aventureras donde el equilibrio entre imaginación y realidad aparejado a cada viaje se concreta en la opinión de Yulduz: “No puedo creer que yo esté aquí contigo” (p.166). A este argumento de incredulidad viajera responde Sara Gutiérrez: “Para mí esto es un sueño, a veces tengo la sensación de haberme salido de la realidad” (pág. 167). Es el viaje por un territorio, que había propiciado la imaginación literaria con sus desplazamientos en tren, el hecho que desborda la conciencia de realidad experimentada por las viajeras de *El Último Verano de la URSS*. Al mismo tiempo, la narración humaniza los confines de esta geografía y el tren se convierte en lanzadera fantástica que devuelve a la realidad un territorio con voluntad de continuar siendo remoto e inexplorado. Los diferentes trenes que habitan durante una noche ambas viajeras facilitan el conocimiento más preciso de una realidad social que comienza a volverse ignota a mediados del año 1991. En dicho equilibrio entre la euforia de la imaginación y la realidad incomprensible, la compañera uzbeka es el contrapunto que soluciona los problemas nativos. Por ello, aprovisiona de alimentos el comienzo del viaje y cuenta con una lista de contactos en los diversos destinos para afrontar posibles contingencias.

Los trenes narrados en el libro son afluentes de una cartografía que pueblan las horas de la noche. En los sucesivos trayectos, Sara Gutiérrez no detalla lo entrevisto en el exterior de la ventanilla. Es el interior de los vagones donde traba conocimiento con la cotidianidad de las gentes de la Unión Soviética. Junto al reparto habitual de tazas de té por parte de las revisoras de cada convoy y la puesta en común de viandas y bebidas entre los viajeros de un mismo compartimento, la escritora recopila comentarios que atestiguan una forma de entendimiento del pasado de la nación soviética. Durante el recorrido entre Leningrado y Tallin, un militar que viaja en el mismo compartimento acude a sus recuerdos patrióticos para afirmar que “no pueden aceptar que seamos los elegidos, por eso quieren eliminarnos, pero no lo conseguirán” (p.72) sin soslayar la “profundidad del alma rusa” (p. 75). En la urbanidad entre viajeros, el vodka compartido permite a Sara Gutiérrez conocer, entre sus maneras de ser ingerido, el vodka con zumo y fruta o, incluso, la particularidad ucraniana con pimienta. También revela la bebida la condición de la viajera ya que, al preferir vodka solo, “creo que le confirmé [a otro pasajero] que era extranjera” (pág. 184). A partir de dicha categoría, Sara Gutiérrez explica su parecer sobre la escasez y la posibilidad de comprar o intercambiar bienes. Consta la desafección que los habitantes de la URSS sienten hacia Mijail S. Gorbachov; para el citado militar, “se ha mostrado débil, complaciente” (p. 72), y Sara Gutiérrez añade la frustración y “el odio por permitirles ver lo que había fuera [de la URSS] y la frustración” generada durante la *perestroika* y la *glasnost*, tal y como profundizó la escritora en el programa *SER Aventureros* de la Cadena SER.

Los encuentros y conversaciones ferroviarios ofrecen un vislumbre de lo que se aventura

tras los puntos de falla del espacio soviético. El viaje entre las ciudades ucranias de Lvov y Kiev da emocionado testimonio de lo trágicamente ocurrido en la central nuclear de Chernobil en abril de 1986. Tras conocer en el vagón a un matrimonio de la zona, se prodigan las referencias a “la zona de exclusión” (p. 180), “la nueva ciudad que construyeron cuadrillas de las distintas repúblicas, en Slavutich” (p. 179) o los niveles de radiación derivados de la desgracia “de cuando lo de Chernóbil, precisó él” (pág. 176). Sumando impresiones de un viaje posterior de la autora, la memoria del suceso asegura que Pripjat, localidad donde se ubicaba la central, “era una ciudad tan alegre...” (p. 177) y es retrotraída al afán inicial de conformación de la Unión Soviética: “Pripjat es el lugar ideal para desarrollar el sueño soviético [...], sus cincuenta mil almas vivimos con una misma ilusión, con un mismo objetivo” (pág. 179).

Al llegar a la estación y salir de cada tren, las viajeras inician una visita diurna por lugares señeros de la ciudad en que se hallan. Entre las ilustraciones de Pedro Arjona, se relatan peripecias junto con la búsqueda de referentes culturales; a modo de ejemplo, *El Acorazado Potiomkin* en Odesa. En su deambular, Sara Gutiérrez entrevé asimismo la inminencia de lo que podría acontecer durante la segunda mitad del referido año de 1991. Alcanzada la colina de Toompea en Tallin, reconoce la antítesis de los territorios bálticos con el núcleo del Estado soviético. La reflexión intercala las perspectivas solapadas a lo largo del texto con la emoción de Yulduz ante la primera contemplación del mar. A continuación, tras recalar en un café, exclama: “¡No parecía la Unión Soviética! [...] Seguramente se trataba de un pueblo europeo que poco o nada tenía que ver con el angustioso atraso euroasiático con el que habían querido emparentarle, su identidad era otra” (p. 90), reconoce la escritora en su paseo por la capital estonia.

Esta apreciación contrasta con la coyuntura de los habitantes soviéticos foráneos en dichas repúblicas. En la estación de ferrocarril de Vilna, antes de marchar hacia Lvov (Ucrania), Sara Gutiérrez comprueba que “soplaban vientos de guerra y eso se respiraba. [...] Si las repúblicas [bálticas] se independizaban, los rusos, y sus primos hermanos ucranianos, lo iban a pasar muy mal. Todos trataban de huir de la quema” (pág. 143).

Uno de los rasgos que caracterizan los relatos de viajes es la certidumbre, que el lector no ignora, del regreso al hogar. En el relato de Sara Gutiérrez se expone una idea de doble retorno. Por un lado, el regreso a Jarkov, localidad de residencia en la URSS y enclave de partida, permite establecer un primer paradigma de comparación con los destinos a los que sucesivamente arriban. Se trata de un contraste intra-soviético que desvela las diferencias urbanísticas y de costumbres sociales que las viajeras notan entre la ciudad de partida y los destinos visitados. De otra parte, el regreso a España está presente en el libro a través del ánimo de Sara Gutiérrez, quien volará a su ciudad natal apenas concluya el periplo ferroviario. Las referencias a los usos asturianos, lluvia y gastronomía entre ellos, son la brújula que mece el horizonte de la narradora. Esta vuelta solo atañe a una de las viajeras, la narradora, aun cuando para Yulduz se moldee como un destino imaginado y ansiado al que viajar en un futuro, preservando su condición de viajera.

Desde el título del libro, *El Último Verano de la URSS*, se afirma una retrospectiva en torno al viaje como palpitante espejo cronológico cuando aún existía la Unión Soviética. Las apreciaciones expuestas en el relato bosquejan un precipicio ante la incapacidad de comprender lo que podría suceder tras el colapso del Estado soviético, con dimensiones

intercontinentales que exceden a la previsión del viajero. “Vivíamos el inminente derrumbe del imperio soviético con la angustia de suponer detrás un completo vacío” (p. 85).

En consecuencia, viaje y tiempo sociopolítico al unísono es lo atesorado por Sara Gutiérrez en los sucesivos trenes nocturnos en los que atravesó la URSS. El tren es el medio de transporte a lo largo de una geografía que mudaría de fronteras rivalizando con el discurrir temporal. Tal vez pudiera pensarse que el tren solo acogiera a las viajeras frente a las turbulencias de la *perestroika*, replegándolas en el mero interés del visitante ocasional a un lugar para él extraño. En *El Último Verano de la URSS*, sin embargo, el tren es el correlato de un transitar que ve palidecer las certezas de lo soviético. Es la vía de encauzar la imaginación viajera de la escritora entre la realidad que aguarda en la estación.